



FRANCISCO GALLARDO

ÁSPERA SEDA
de la MUERTE

XXI PREMIO DE NOVELA
CIUDAD DE BADAJOZ

algoida

Un jurado compuesto por Carmen Amoraga, Luis Alberto de Cuenca, Fernando Marías, Miguel Ángel Matellanes, Juan Manuel de Prada y Manuel Pecellín Lancharro concedió a la obra titulada *Áspera seda de la muerte*, de Francisco Gallardo, el XXI Premio de Novela Ciudad de Badajoz, que fue convocado por el Excelentísimo Ayuntamiento de Badajoz.

Índice

- CAPÍTULO I. El espíritu del vino
 - CAPÍTULO II. La felicidad de la piel
 - CAPÍTULO III. El silencio de los encajes
 - CAPÍTULO IV. La impaciencia de los muertos
 - CAPÍTULO V. El globo de la electricidad
 - CAPÍTULO VI. La sed de la piedra
 - CAPÍTULO VII. La anatomía de los monstruos
 - CAPÍTULO VIII. Una lírica oscuridad
 - CAPÍTULO IX. Áspera seda de la muerte
- Agradecimientos
Créditos

P
ar
a
A
r
a
n-
c
h
a
q
u
e
ti
e
n
e
lo
s
oj

o
s
d
el
m
ar
.

*Para Sara
que tiene la sonrisa
más hermosa del
mundo.*

*Para Carmen
que tiene el talle de las cañas de azúcar.*

Hay en la calle de los caballeros Sierpes —vieja calle de los Espaderos— un oculto sentido de la ciudad, una manera de ser que no perciben los extraños y se manifiesta solo a los iniciados, a los que saben sonreír cuando el visitante protesta, lógicamente, de los edificios anacrónicos, la modernidad incompleta, los establecimientos puerilmente cosmopolitas y los cafés ramplones.

¿Por qué el optimismo?
 ¿Qué pueblo nos lo trajo?
 ¿Cómo arraigó en esta tierra llana? ¿Qué optimismo, en fin?

En nuestra ciudad, la muerte es siempre un asesinato.

La
 ci
 u-
 da
 d
 M
 AN
 UE
 L
 C
 HA
 VE
 S
 N
 OG

AL
ES

En el Beaterio de San Antonio hay mujeres recogidas —arrecogidas las llama la gente— que se ponen tristes al caer la tarde. Algunas no. Al contrario, parecen revivir cuando se acercan las tinieblas de la noche. Abandonan entonces la paz de Dios. Alguien las espera fuera de las blancas paredes del cenobio. La cal de la pureza tiene algunos desconchados. De hombres, de mujeres hablamos. De mundo, de demonio, de carne.

A Juana Palacios, la de los pechos como palomas, una berlina negra la recoge todos los jueves, salvo en Cuaresma, que los pecadores también respetan el almanaque de Dios. En los diminutos vanos de los muros brillan las pupilas de la curiosidad. Hombre importante ha de ser el que impone silencio a la lisonja. Pobre de la lengua traidora. No hay nada malo en que un hombre, por lo demás virtuoso, caiga en la tentación. Para eso está la penitencia, el arrepentimiento. Ningún hombre, importante o no, es capaz de sujetar a la bestia que lleva dentro cuando Juana Palacios, la de los pechos como palomas, se desnuda. Una estatua pagana, una diosa, dicen, que explica el infierno.

Por no hablar de Vicenta, tan pobre que no tiene apellidos. Perdió a los padres en la epidemia de muerte amarilla que enterró a tanta criatura cuando el siglo principiaba. Vicenta, la de los ojos claros, agua verde, mejillas de porcelana. Delgada como un suspiro, aseguran que toca el pianoforte, un misterio, si antes de entrar en el Beaterio no lo tocó nunca. Su vida no estaba para músicas. Vicenta también visita el mundo de los varones. Una, dos veces al mes. El deseo para ella no tiene calendario fijo. Duerme con un ojo abierto y otro cerrado, no vaya a ser que venga el capricho a buscarla. Los hombres son así. Ordenan y mandan. No respetan el silencio, el sueño, la ternura desvalida de Vicenta, que cierra los ojos cuando abraza.

Teresa Cienfuegos también atraviesa la noche, la Puerta de San Juan entreabierta. Los descuidos del guarda de la

casilla bien valen arrobas de aguardiente. Las murallas durante la noche son húmedas, frías. Va Teresa Cienfuegos en una tartana, la cubierta verde abovedada. Allí no va nadie, solo el cochero que se retira a la vieja hacienda de Hernán Cebolla. Lleva el pelo corto. No se pinta la línea de los ojos castaños. Tampoco los labios. Tiene dura la voz, quiere ser un hombre. No olvida el hatillo cuando el cochero que nunca habla la recoge en una esquina de la Alameda vieja, justo a las doce. Allí donde la sombra de la noche es más oscura, el último rincón de Dios, el callejón del Diablo. No olvida Teresa Cienfuegos el hatillo marrón, de bayeta, no olvida, dicen, el hilo, las agujas curvas de coser pieles humanas, las pinzas, las fustas de cuero.

Cuesta dormir en la noche tórrida. Todavía es joven Flora de Letona, natural que alguna noche tenga nostalgia del deseo. Ya está aquí el alba, se escuchan los pasos que regresan. Poco importa eso a Flora, ellas sabrán lo que hacen. Qué importa si Teresa Cienfuegos, la del pelo corto, ha olvidado el hatillo en la quinta del marqués, que si Juana Palacios, la de los pechos como palomas, vuelve borracha. Lo que de verdad importa es lo que cuente dentro de un rato el licenciado Sotelo. Flora de Letona aún es joven. Tiene que salir de aquí, recuperar la libertad, recuperar a su hija, también a su hijo, a pesar de todo. Después vivir, de nuevo la vida, de nuevo el placer. Que luego todo es silencio, vacío, eso a lo que los vivos llaman muerte.

CAPÍTULO I

EL ESPÍRITU DEL VINO

Sevilla es un lugar que halaga tu oído mientras adereza tu tumba. Eso sí, barroco, de flores muertas, el monumento

funerario. Cosas de mi padre, piensa Flora, secando con el dorso de su mano las lágrimas malvas.

No quiere don Ramón tierra para la eternidad, la fría humedad de los huesos enterrados. Tanto pobrecito ahí abajo esperando la resurrección de los muertos. La guerra contra los gabachos, el rebrote de la epidemia, el hambre, tanta tragedia para esta ciudad otrora hermosa. Ahora solo oscuridad, una lírica oscuridad.

Su padre quiere, exige, una tumba donde la capilla del Sagrario. Con su nombre labrado, si puede ser de oro. El epitafio bien clarito, nada de latines.

—Encárgate tú, Flora —le ha dicho su padre—, que tu madre no pasa ya de la Puerta Nueva y de tu hermano poco hemos de esperar.

Malo no es, dice tu madre. Tan ocupado en sus tertulias, en sus iglesias. En volver a poner la patria en su sitio, en que vuelva el rey felón.

—Encárgate tú, Flora, de que el futuro me haga justicia. Esta ciudad, de tanto rascar en el pasado ignora el presente.

¿Y en Flora? ¿Quién piensa en Flora? Nadie desde que dio el paso al frente y se casó. Nadie piensa en ella ahora que las cosas, quizás, ya no tengan remedio: la vida convertida en un infierno. Tiene el cuerpo incendiado, dolorido, llamas en el corazón. No hay lágrimas para llorar tanto.

El cuerpo humano es débil, una cajita de música que se agota rápidamente. Sobre todo si toca un vals feliz, rápido, impetuoso. Imposible detenerlo. Un vals que celebra, danza, la primera vez del cuerpo. Y tú, Flora, tonta de ti, vas y te lo crees.

«Habiendo sido tomada del brazo y a empujones arrojada por mi marido, me encuentro en la más triste desgracia», escribe Flora de Letona a la luz del velón. Gris salió el día, se metió en tormenta cuando aún estaba en la cama, dolorida. Ahora el cielo se abre un poco, tímidos rayos de sol amarillento entran por el balcón. El cielo tiene ojos de lobo, piensa mientras moja en tinta la plumilla.

«Que sufriendo de mi marido los malos tratamientos y la más cruel sevicia en una discusión ocurrida el día tres del corriente mes de enero», sigue Flora escribiendo. Dios, cuánto pesa la mano. Ayer mismo fue, en la tarde, que no podrá alegar la bebida en su defensa. Bien fresco que estaba el don Juan, recién salido de la siesta.

Maldito sea el teniente Ballester. Ya no pondrá en su cuerpo una mano más. Y menos para su placer animal. Lo jura Flora por Dios, por su madre, que todavía no sabe nada. Por sus hijos, que no conocen la bestia que esconde su padre detrás de esos uniformes tan elegantes, uno, dos, uno, dos. Tan marcial como marcha, tan guapo, el día de toros allá en la plaza, junto a la Cruz de los muertos. O mejor, con traje de gala, dorados los alamares, la charretera, el chacó a la inglesa, allá por la calle de Génova, el día del Corpus.

Le duelen a Flora los nudillos de la mano, los golpes dejan sombras en los huesos. La mano derecha, claro, que poco trabajo le costó escribir con ella — ser zurda es un fallo de Dionisia, la partera que la dejó caer con sus manos jabonosas. No tiene dudas doña Concha, su hija no vino siniestra a este mundo por voluntad de Dios. Fue la partera, alelada, turulata, como están las mujeres que están pensando siempre en los hombres.

«Llevó su enfurecimiento hasta el extremo de tomarme un brazo con violencia, arrojarme a la calle y cerrarme la puerta para que no volviese a entrar», sigue escribiendo Flora.

En los cristales del cierro salpica la lluvia, duelen más los huesos cuando la tierra se hace húmeda. En un primer momento pensó ir a la calle del Mar, donde sus padres, junto a la Puerta del Arenal. No le gusta a doña Concha esta calle empedrada llena de barro. Cuando el río se desborda solo queda rezar, ponerse en manos del Santísimo.

¿Dónde iba a ir con esas greñas? El hermoso cabello negro, enmarañado

de los tirones. Los pómulos enrojecidos, hilillos de sangre cayendo de los mismos labios, ahora golpeados, antaño venerados.

Flora fue a contarle al alcalde de barrio. Lo encontró en la fonda del Príncipe, donde la vinatería, junto a la iglesia de San Ildefonso, a medio construir.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó el hombre.

—Quejarme ante la autoridad —le dijo Flora.

El alcalde de barrio es amigo de Juan Ballester. Beben juntos. Más de una vez lo había llevado a casa con olor a aguardiente de la sierra. Para acostarlo antes de que cayera a la piedra del zaguán como un fardo de patatas.

—Exijo un hombre bueno para que dé cuenta del manejo de mis intereses —le dijo Flora al alcalde, observada por un enjambre de hombres.

—Podías haber esperado en casa a tu marido legítimo, sin exponerlo al juicio de las gentes.

—Para sermón ya hubiera acudido yo a don Onofre, allá en la capilla del Sagrario —le contestó Flora—. Quiero que se me haga la justicia que me corresponde.

El mesonero la cogió del codo. La llevó hasta la puerta. La impotencia también duele, rebosa los ojos de lágrimas. Desde la puerta de la vinatería, Flora escuchó la voz potente, enérgica, del alcalde.

—Nada puedo hacer sin queja tuya por escrito.

Luego Flora entró en la iglesia de San Ildefonso.

Hacía mucho frío allí sentada mirando la Virgen del Coral, un hermoso mural antiguo. No es muy religiosa Flora, tampoco descreída. Debe de existir un Dios que zurza tantos rotos.

«No habría pasado media hora cuando se presentó el alcalde en la iglesia con dos hombres buenos. Con la mayor violencia mandó me reuniera con mi marido pues de lo contrario lo verificaría a la fuerza, como en efecto así lo hizo», escribe Flora con la mano dormida de dolor.

Los caños de agua vienen crecidos desde la Puerta de Carmona hasta la fuente de la Alfalfa. Flora escucha el

sonido del agua. Echará de menos esta casa recoleta. Una vivienda humilde si se compara con otras casas que se ven en la calle de las Calabazas. Alguna de ellas hasta con portada de mármol y escudo nobiliario. Con águilas de oscura piedra en los balcones.

A Flora de Letona la llevaron igual que a un criminal se le conduce por las calles para encerrarlo en la cárcel. Aunque la casa estaba a dos pasos, la enseñaron por toda Sevilla. Hasta la Costanilla la llevaron para pasearla después por las Carnicerías.

—Para que no lo olvides nunca —le dijo Juan Ballester al quedarse solos.

—¿Dónde están mis hijos? —le preguntó Flora.

—Para que no lo olvides nunca— repitió.

Tenía un látigo de cuero en la mano derecha. El mismo que Juan Ballester utiliza con sus casquivanas. El látigo del placer lo llama.

«Desde entonces yo, Flora de Letona, juré no retroceder en llevar a efecto mi demanda de divorcio», acaba de escribir mientras regresan las dos tormentas. Fuera en la calle, la del cielo. Dentro, bajo la saya malva, la de los huesos.

Larga, angustiada, es la noche que se pasa en blanco. Con lo dormilona que era de niña.

—Duermes como los lirones —le decía doña Concha.

De eso hace mucho tiempo, no vivían entonces en la calle del Mar sino en la calle de los orondos Abades, como la llama don Ramón. Vivían en un hermoso palacete donde nació Flora una noche de primavera, antes de caer desde las jabonosas manos de la partera. Nunca debieron vender aquella casa de dos plantas, con dos patios con arcos de piedra, a la manera de los claustros.

Los señores de Letona compraron una casa de tres plantas un año antes de los franceses, allí junto a la calle del Correo. Un año antes de que llegara el

Bonaparte con su manía de convertir Sevilla en «la petite París». Los franceses llegaron para derribar las casas de toda la vida, para hacer plazas, para tirar abajo las iglesias, para desahuciar a las pobrecitas monjas del convento de la Encarnación, junto a la casa nueva.

Luego llegó el decreto del Botella. Hay quien dice que bebe, hay quien dice que no. A doña Concha se lo presentaron en un baile.

—Esa cara de bobalicón no se tiene si no se bebe la cognac como si fuera agua —le susurró después a su marido.

El rey Josef ordenó construir una plaza pública en el terreno comprendido entre las plazas de Regina y de la Encarnación. Los franceses nunca harían allí una plaza. Solo levantaron un hediondo montón de escombros dejando sumida a doña Concha en una rara melancolía. Una dolorosa abstinencia de hojaldre y mazapán, los sabores del cielo.

Los franceses nunca indemnizaron las casas derruidas, entre ellas la de los Letona. Menos mal que los franceses sí les pagaron un cuchillo de tierra de su propiedad entre la puerta de San Ignacio y la calle de la Compañía. Con ese dinero y los ahorros de media vida los de Letona compraron la casa de la calle del Mar, donde al poco de mudarse nació el hermano de Flora. Doña Concha dice que el niño nació bien gracias a la Virgen de los Reyes, porque las mudanzas son veneno para los partos.

Flora bosteza el sueño que no ha tenido en la madrugada. Tiene mucho trabajo por hacer. Una mudanza invisible, que no note el teniente ilimitado. No hay peligro de que vuelva hasta por la tarde, debe de estar en el cuartel. Allí es un hombre respetado, admirado. Le echó agallas contra los franceses en la batalla del puente de Barcas. Dicen que se jugó la vida, hay testigos.

Mejor hubiera sido que alguna metralla, alguna espoleta de casquillo, una bala hubieran hecho diana en el don Juan

Ballester, el héroe. No le gusta a Flora tener estos pensamientos mientras se abriga con la bata azul de lana.

Hace frío, ¿quién dijo que en Sevilla no hace nunca frío?

—¿Te ha pegado otra vez?

Los ojos húmedos de Lucía relucen en el fondo del espejo, es muy pequeña para el horror. Flora lava su pelo, hermoso cabello negro, jabón, esencia de hierbas, aceite natural, quizás quede algún resto de sangre. Hubo un tiempo en que la engañaba. Se había caído, un golpe, un resbalón lo da todo el mundo.

—¿Te ha pegado otra vez?

Flora guarda silencio. Se aclara el pelo. Le ha pegado más de lo normal, una soba de palos, le duele hasta el alma. Flora calla. Obedece a ese ser interior, misterioso, que nos aconseja, que nos habla al oído. Lucía no debe sufrir. Es muy pequeña. Cinco años recién cumplidos. Los niños no deben sufrir. Si mueren, van al purgatorio.

Lucía contempla el adorado rostro de su madre salpicado de moratones, de añiles oscuros. Los dulces labios rotos, cuarteados, que ya no pueden besarla por las noches después de contarle un cuento.

Cuatro ojos idénticos se cruzan en el espejo, fulgurantes ojos negros. Lucía no ha ido hoy a la escuela de niñas. Acaricia las manos doloridas de su madre.

—Volveremos a ser felices, mi vida —le dice Flora.

Tocando el pianoforte no tiene mano derecha ni mano izquierda. El alma no entiende de manos. Bajo el reloj de pared, tic tac, el bronce dorado que marca el tiempo. Flora toca una sonata de Antonio Linares, organista del Salvador y maestro de música del teatro Principal, aunque esto no le guste mucho a los canónigos. No está bien ponerle una vela a Dios y otra al diablo. Flora tiene la mirada fija en el armario joyero de doña Concha. Ébano con incrustaciones de madreperla. Diminutas sílfides doradas separan los cajoncitos.

Después de que los franceses huyeran como niños por el puente de Barcas, la furia española quemó cómodas, escritorios, sillones tapizados en seda y oro. Las *chaise longues* floreadas donde se tumbaban desnudas las traidoras que amaron a los gabachos. Algunas desvergonzadas llegaron a engendrar gabachitos. Bien se ocupó don Ramón de salvar el mobiliario. Hasta una cama con dosel, donde duermen como reyes los Letona. Ya no caerá más polvo, ni chinches del techo, pensó doña Concha la primera noche que se encamó como María Antonieta.

Las malas lenguas hablan de cuadros que no se ven, escondidos en la misteriosa estancia que cierra el segundo patio, allí junto al pozo. Dicen que don Ramón trae a los carpinteros desde los Humeros. La madera de barco es la mejor contra la humedad. El arte, la pintura, es muy delicado con las groserías de la intemperie.

Sigue sonando la música de Antonio Linares, qué equilibrio más sencillo. Flora es una artesana hilando la música con sus dedos no tan doloridos. Eso tenía que haber hecho, tocar más el pianoforte. Ir como concertista a los mejores teatros del mundo, a los grandes salones de París, de Londres, de Viena. No resignarse a vivir en esta ciudad sin futuro. Más ahora que vuelve la fiebre amarilla como cuando era una niña. Se salvó de milagro Florita.

No es zurda para tocar Flora. La música no es zurda ni diestra. Flora para sus manos, para la música. De la calle vienen voces, parece un tumulto. Tras los visillos del cierro contempla la pelea, una bronca entre los jóvenes.

«Que viva el rey Fernando», dicen unos. «Que vivan los liberales», dicen otros.

Hay intercambio de golpes, insultos, realistas, liberales, España es un país que siempre está discutiendo. A Flora, oculta, inmóvil, tras los blancos visillos, se le encoge el corazón. Un puñal plateado mata a un hombre guapo, hermoso, rebosante de vida. Ha sido un instante.

Hay jóvenes que corren, que huyen. Los más valientes, pocos, persiguen al criminal. El asesino ya no está, visto, no